

# Homilías Domingo Quinto del Tiempo Ordinario. Ciclo A

+ Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-16

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:*

*-«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?*

*No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.*

*Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.*

*Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del candelero, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.*

*Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.»*

## Palabra del Señor

## Homilías

(A)

Un soldado norteamericano había tenido una hija con una vietnamita durante la guerra de Vietnam. Ahora, en Norteamérica, vivía con su esposa y un hijo único, pero se escribía con su hija, hasta que, al cumplir esta doce años, la recibió en su casa. Los vecinos del barrio, algunas amistades e incluso el hijo adoptaron desde el primer momento una actitud de desprecio hacia el padre y hacia la hija; especialmente una viuda que vivía al lado, cuyo esposo había sido muerto por los vietnamitas en la guerra. La cosa se fue agravando hasta ocasionar la huida de la niña, despreciada en Vietnam por ser hija de un norteamericano y odiada en Norteamérica por ser hija de una vietnamita. Y todos los esfuerzos del buen padre por hacerse comprender de su hijo, vecinos y amistades, resultaron inútiles.

En casa trabajaba de pintor un hombre de noble corazón. Un día habló a solas con la viuda en presencia del hermano de la niña vietnamita y dijo:

-Yo conocí a su marido: era un buen hombre.

-¿Dónde lo conoció?

-preguntó la viuda.

-En la guerra de Vietnam. Yo estuve allí -respondió el pintor.

-¿Y sabe cómo murió? -volvió a preguntar la viuda.

-Sí -contestó el pintor-. Él amaba profundamente a los niños vietnamitas, víctimas de la guerra; los visitaba, los protegía, les procuraba alimentos y medicinas; vivía pensando en ellos. Y un día, al dirigirse a ellos con una carga de alimentos, estalló una bomba y murió. ¡Él fue un héroe!

Momentos después la viuda y el muchacho suplicaban perdón al dolorido padre y juntos buscaron a la niña, que había escapado, para tener con ella una cordial reconciliación. Pronto el barrio entero había cambiado de actitud. Este pintor supo apagar el odio y encender el amor.

¡Qué distinta sería la actitud de los vecinos, si hubiera atizado el odio!

¡Cuánto bien podemos hacer también nosotros en tantas y tantas ocasiones como la vida nos ofrece!

Cuentan que un niño se encontró una noche con un ciego que llevaba a su espalda un haz de leña y una vela encendida en su mano. «¿Para qué llevas la vela si estás ciego? -preguntó el niño-. No te sirve de nada si no puedes ver». El ciego le respondió: «Al contrario; me sirve para mucho. Llevo esa vela para que los hombres distraídos me vean y no tropiecen conmigo».

Hermanos y hermanas: Seamos luz con nuestras buenas obras para que los «distraídos», es decir, los que andan despistados por el camino de la vida las vean y no den tropezones. Aquel pintor, con su actuación, fue luz para los vecinos de su barrio.

La sal da sabor a los alimentos. Seamos sal como nos pide Jesús, no para amargar la vida de nadie sino para hacer agradable la vida de todos.

Por otra parte, la sal vale para que los alimentos no se corrompan. ¡Ay! ¡Cuánta menos corrupción habría en el mundo si los que nos

llamamos cristianos, es decir, discípulos de Cristo, lo fuéramos de verdad!

Jesús nos pide a los cristianos que seamos la luz del mundo y la sal de la tierra; en definitiva nos pide que hagamos más llevadera y más feliz la vida de los demás.

### (B)

José Luís Martín Descalzo tiene, en uno de sus artículos, una reflexión muy bonita sobre Adán. Se pregunta ¿qué sentiría Adán aquel primer día de su vida cuando todo era luz, y el jardín estaba lleno de flores, pero de repente al atardecer el sol comienza a desaparecer y la noche se le echó encima. De seguro se preguntaría ¿a dónde se ha ido la luz? ¿Tendré que vivir ahora en la oscuridad?

Con tu permiso, José Luis, déjame que aplique tu imagen al Evangelio de hoy. Jesús pide a los cristianos ser “luz del mundo”, pide a la Iglesia “ser luz de los pueblos”. Y yo me pregunto ¿qué dirán tantos hombres y mujeres que nos miran a los cristianos y nos ven como velas de altar apagadas, o como focos fundidos, o linternas a las que ya se les gastaron las pilas?

Para que un foco alumbre necesita estar conectado a la corriente eléctrica. Y los cables son muy largos porque tienen que llegar hasta la Central. Para que un cristiano alumbre también necesita estar conectado a la central de la fe y del amor que es Jesús. Si en el camino hay algún cable roto, o un fusible que saltó, nuestras vidas también se oscurecen y pierden su capacidad de alumbrar. Como Adán en aquél primer día, los hombres y mujeres de hoy, no se preguntarán ¿dónde se han ido los cristianos?

Somos luz, en la medida en que Jesús alumbró dentro de nosotros. Somos luz, en la medida en que como Jesús caminamos al lado de los hombres.

Somos luz, en la medida en que como Jesús somos capaces de tocar a los leprosos, digamos, a los contagiados del Sida sin miedo a contaminarnos.

Somos luz, en la medida en que como Jesús somos capaces de entregar nuestras vidas a los demás.

Somos luz, en la medida en que somos capaces como Jesús de decir la verdad a los poderosos, aunque tengamos que correr el riesgo de terminar en la cruz.

Somos luz, en la medida en que, como Jesús, somos capaces de abrir a la esperanza a los desesperanzados.

Somos luz, en la medida en que comprometemos nuestras vidas luchando por la justicia de los que viven sin que nadie dé la cara por ellos.

Somos luz, cuando cada uno de los hombres es nuestro hermano.

Somos luz, cuando nuestras vidas transmiten e irradian la alegría de la fe y de la vida.

Somos luz, cuando vivimos con gozo nuestra fe y nuestro compromiso con el Evangelio.

Somos luz, cuando nuestras vidas cuestionan la vida de los demás.

Por eso, el cristiano está llamado a ser cada día la fiesta de Dios, la fiesta del amor, del perdón, de la mesa compartida. Porque solo la fiesta es luz. Seamos la luz de la Buena Noticia del Evangelio, siendo la luz de la fiesta del amor de Dios. Ya basta de seriedad y caras de ayuno. Alguien decía que los “de la Iglesia” somos buena gente, pero manifiestamente sosos. Ahuyentamos a muchos no porque seamos malos, sino porque somos aburridos. No entienden nuestros rollos y ante la mayoría tenemos menos audiencia que el sonotone de Beethoven...

Cada día puede ser fiesta en tu vida, si dentro de ti cultivas el amor, la esperanza y haces un poco más felices a los demás.

Cada día puedes hacer el milagro de que alguien renazca a la vida.

No podrás resucitar los cuerpos muertos, pero siempre estará en tus manos resucitar corazones moribundos. Basta que les digas que les amas.

Cada día pueden nacer nuevas vidas. Es suficiente que tú les ofrezcas el calor de la tuya. El calor de una vida es como el calor del sol, que hace brotar las semillas ocultas en la tierra.

Cada día puedes hacer el milagro de una sonrisa, de una palabra, de un gesto. Esos milagros también pueden sanar los cuerpos heridos por el sufrimiento.

Cada día puede haber más luz dentro de ti. Basta que enciendas dentro la luz de la esperanza. Y si el viento del fracaso te la apaga, vuelve a encenderla.

Cuando todo lo veas oscuro, sin horizonte y sin mañana, recuerda los días de luz que ya has vivido. También ellos volverán a brillar en tu vida.

Cuando ya no tengas nada de luz dentro de ti, no la busques en los fuegos artificiales de las evasiones. Sencillamente ponte de rodillas y dile a Dios: “Señor, Sé Tú mi luz”, para que “yo pueda ser tu luz”.

Jesús quiere que seamos como el sol que al día siguiente amaneció en el jardín y despertó la alegría en Adán, así quiere que el sol de nuestras vidas despierte a los que llevan el alma y el corazón dormidos.

(C)

## **SIN LA CONCIENCIA TRANQUILA**

No hace falta ser experto en economía mundial para saber que, cada año que pasa, hay más pobres que son cada vez más pobres. En la actualidad se produce en el mundo un diez por ciento más de los alimentos que necesitamos para vivir y, sin embargo, mueren de hambre 35.000 niños cada día y otros tantos adultos desnutridos. Es decir, la economía mundial está hoy organizada por las naciones progresistas de tal manera que, cada veinticuatro horas, produce unos 70.000 muertos. Jamás ha habido una guerra que se haya acercado, ni de lejos, a tal crueldad.

Las preguntas que nos podemos hacer son graves; ¿puede tener futuro un mundo así?, ¿puede vivir tranquila la Iglesia de Jesús en medio de una «organización» mundial que produce tanta muerte y tanto sufrimiento? Si la Iglesia dice que representa en el mundo a Jesús y su evangelio, ¿cómo

tiene que reaccionar?, ¿qué tiene que hacer?, ¿qué está haciendo?.

En la Iglesia ha habido y hay muchas personas, grupos e instituciones que viven entregados a luchar por la vida y dignidad de los pobres; nunca les agradeceremos lo suficiente el testimonio que nos dan a todos. En la Iglesia hay un magisterio social valiente y progresista, que defiende los derechos y la dignidad de los pobres, reclama reformas profundas y audaces, y denuncia los atropellos contra los países más débiles e indefensos.

Todo esto es así y, sin embargo, no podemos vivir con la conciencia tranquila. Los pobres fueron para Jesús los preferidos, los más importantes, los primeros, ¿qué son para nosotros hoy? ¿Influyen algo en nuestra manera de entender a Dios, de interpretar el Evangelio, de configurar nuestra vida cristiana? Todos los domingos, millones de cristianos se reúnen en el mundo entero para celebrar la cena del Señor, ¿por qué esa Eucaristía no desencadena una solidaridad más audaz hacia el mundo pobre?

Sería un error olvidar la grave advertencia de Jesús a sus discípulos: **«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente»** ¿Nos puede suceder hoy algo de esto?

(D)

## **LA VIDA COMO RAPIÑA**

### **Vosotros sois la sal de la tierra**

Un día sí y otro también, saltan a los medios de comunicación nuevos casos de corrupción y fraudes escandalosos. No son hechos que han brotado de pronto entre nosotros, sino el resultado lamentable de una contradicción que ha acompañado la gestación de la moderna sociedad democrática desde sus orígenes.

Por una parte, la filosofía democrática proclama y postula libertad e igualdad para todos. Pero, por otra, un pragmatismo económico salvaje, orientado hacia el logro del máximo

beneficio, segrega en el interior de esa misma sociedad democrática desigualdad y explotación de los más débiles.

Este es el principal caldo de cultivo de la corrupción actual. Como decía recientemente el escritor italiano Claudio Magris, «vivimos la vida como una rapiña». Seguimos defendiendo los valores democráticos de libertad, igualdad y solidaridad para todos, pero lo que importa es ganar dinero como sea. El «todo vale» con tal de obtener beneficios, va corrompiendo las conductas, viciando las instituciones y vaciando de contenido nuestras solemnes proclamas.

Se confunde el progreso con el bienestar creciente de los afortunados. La actividad económica, sustentada por un espíritu de lucro salvaje, termina por olvidar que su meta es elevar el nivel humano de todos los ciudadanos.

Los políticos, por su parte, parecen ignorar que esos desarraigados que producen «inseguridad ciudadana» no son fruto de una situación heredada, sino algo que estamos generando ahora mismo dentro de nuestro sistema.

Todo se sacrifica al «dios» del interés económico: el derecho de todo hombre al trabajo y a una vida digna, la transparencia y honestidad en la función pública, la verdad de la información, el nivel cultural y educativo de la TV.

¿Hay alguna «sal» capaz de preservarnos de tanta corrupción? Se pide investigación y aplicación rigurosa de la justicia. Se piensa en nuevas medidas sociales y políticas. Pero se echa en falta un nuevo tipo de personas capaces de sanear esta sociedad introduciendo en ella honestidad. Hombres y mujeres que no se dejen corromper ni por la ambición del dinero ni por el atractivo del éxito fácil.

**«Vosotros sois la sal de la tierra»**, estas palabras dirigidas por Jesús a los que creen en El, tienen contenidos muy concretos hoy. Son un llamamiento a mantenernos libres frente a la idolatría del dinero, y frente al «progreso» cuando éste esclaviza, corrompe y produce marginación. Una llamada a desarrollar la solidaridad responsable frente a tantos corporativismos interesados. Una invitación a introducir misericordia en una sociedad despiadada que parece reprimir cada vez más «la civilización del corazón».

(E)

## EL CORAJE DE NO SER PERFECTOS

### Si la sal se vuelve sosa

Los seres humanos tendemos a aparecer ante los demás como más inteligentes, más buenos, más nobles de lo que realmente somos. Nos pasamos la vida tratando de ocultar nuestros defectos para aparentar ante los demás y ante nosotros mismos una perfección que no poseemos.

Los psicólogos dicen que esta tendencia se debe, sobre todo, al deseo de afirmarnos ante nosotros mismos y ante los otros para defendernos así de su posible superioridad.

Falta en nosotros la verdad de «las buenas obras» y llenamos nuestra vida de palabrería y de toda clase de disquisiciones.

No somos capaces de dar al hijo un ejemplo de vida digna, y nos pasamos los días adoctrinándolo y exigiéndole lo que nosotros no vivimos.

No somos coherentes con nuestra fe cristiana, y tratamos de justificarnos criticando a quienes han abandonado la práctica religiosa. No somos testigos del evangelio, y nos dedicamos a predicarlo a otros.

Tal vez, hayamos de comenzar por reconocer pacientemente nuestras limitaciones e incoherencias, para poder presentar a los demás sólo la verdad de nuestra vida.

Si tenemos el coraje de aceptar nuestra mediocridad, nos abriremos más fácilmente a la acción de ese Dios que puede transformar todavía nuestra vida.

Jesús habla del peligro de que «**la sal se vuelva sosa**». San Juan de la Cruz lo dice de otra manera: «*Dios os libre que se comience a envanecer la sal, que aunque más parezca que hace algo por fuera, en substancia no será nada, cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios*».

Para ser «**sal de la tierra**», lo importante no es el activismo, la agitación, el protagonismo superficial, sino «las buenas obras» que nacen del amor a ese Dios que actúa en nosotros.



Con qué atención deberíamos escuchar hoy en el interior de la Iglesia estas palabras del mismo Juan de la Cruz: *«Adviertan, pues, aquí los que son muy activos y piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios... si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración».*

De lo contrario, según el místico doctor, «todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño». En medio de tanta actividad y agitación, ¿dónde están nuestras «buenas obras»?

### (F)

Comienzo con una simpática y profunda historia judía: "Un rabí preguntó a sus discípulos: "¿Cómo puedo señalar el momento en que termina la noche y comienza el día?". Uno dijo: "Cuando seas capaz de distinguir desde lejos una palmera de una higuera". El rabí contestó: "No, no es eso". Dijo otro discípulo: "Cuando se puede distinguir una oveja de una cabra, entonces cambia la noche al día". "Tampoco", respondió el rabí. "¿Cuándo es ese momento?, preguntaron impacientes los discípulos. "Cuando tú miras al rostro de un hombre o de una mujer y reconoces en él a un hermano o hermana, entonces se ha acabado la noche y ya ha roto el día"...

"Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo..."

El mensaje de Jesús no es para guardarlo en el corazón de la persona, sino una luz que debe manifestarse...

Isaías nos dice cómo debemos salir del "salero" y cómo es urgente que pulsemos el interruptor que transmite la corriente a nuestros preciosos aparatos de luz.

Isaías en la primera lectura dice a sus contemporáneos que Dios no quiere el culto superficial que se le ofrecía en el templo, ni los ayunos externos que se practicaban; el ayuno que Dios quiere es que partas tu pan con el hambriento, que hospedes a los pobres sin techo, que vistas al desnudo y que no te cierres a tu propia carne. Si vives así te brotará una carne nueva y romperá tu luz

como la aurora, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se convertirá en mediodía...

Es indiscutible que este es quizá el único lenguaje que entiende el hombre de nuestro tiempo.

Algunas veces he comentado, que Jesús, es parco en palabras y rico en obras. Sus obras dan cumplido testimonio de Él. Y sus obras se traducen siempre en atención al hombre. Hoy, Isaías, transmisor como buen profeta de lo que quiere el Señor, nos dice cómo se puede sazonar e iluminar al mundo. No tanto hablando cuanto actuando.

Vivimos en una época de grandes y estridentes fallos. A nuestro lado hay hombres que padecen auténtica necesidad; cerca de nosotros hay personas que mueren de soledad; todos conocemos enfermos que están solos en la cama de un centro hospitalario sin que nadie coja su mano en los momentos en los que el dolor aprieta; todos sabemos que la injusticia no es un asunto de otra galaxia, sino que es una triste realidad entre nosotros.

Y quiero especificar el caso concreto que tenemos al lado porque es el que podemos remediar.

La tentación de los universales la sentimos todos. Todos comentamos que el mundo está mal, que el hambre es una realidad tristísima, que millones de niños están desnutridos, que pueblos enteros están sojuzgados. Y ante este panorama abrumador, todos nos preguntamos angustiados qué podemos hacer nosotros, tan insignificantes y pequeños, para acabar contestándonos, desalentadora y tranquilizadamente, que no podemos hacer nada.

Por, eso repito, quiero pensar en la persona que tenemos cercana, en aquélla cuyo caso conocemos y a la que podemos abrir nuestro corazón.

Todos tenemos un radio de acción en el que ser sal y luz. Lo que pasa es que huimos de lo concreto para enfrascarnos en grandes y hermosas teorías que no nos exigen más esfuerzo que una brillante conversación y posiblemente una oración compungida para que Dios arregle este mundo tan difícil de arreglar.

Y mientras tanto, cerca de nosotros hay personas que siguen con la mano tendida esperando que alguien la estreche en un momento

difícil, ahí siguen esos ojos abiertos esperando que alguien vierta en ellos un pequeño resplandor, ahí siguen esas personas con su pequeña comida esperando que alguien la sazone...

Hay que ir a lo concreto. Isaías dice al final de su grito algo maravilloso. Si haces esto: tu propia oscuridad se volverá mediodía. No puede soñarse con un premio mejor.

Termino con una espléndida oración del Cardenal Newman: "Quédate conmigo, Señor, y comenzaré a iluminar, como tú iluminas; comenzaré a dar luz de tal forma que puede ser luz para los otros. Señor Jesucristo, la luz será toda tuya; nada de ella será mía. Ningún mérito es mío; tú te mostrarás a través de mí a los otros. Haz que yo te glorifique, como te agrada a ti, dando luz a todos los que están a mi alrededor. Haz que predique, sin predicar; no mediante palabras, sino por medio de mi vida. Predicar sin predicar: esa es la luz hoy tan necesaria.. .

### (G)

Mateo define *quiénes son* los discípulos de Cristo. La definición se hace por imágenes: *vosotros sois la sal, vosotros sois la luz*. Una imagen más nos da el evangelista: *ciudad*. No se puede ocultar una *ciudad* puesta en lo alto de un monte. La *luz* y la *ciudad* son por naturaleza visibles. La sal es invisible, pero se conoce por el sabor. El discípulo tiene una dimensión de visibilidad y de invisibilidad. Se deja ver por lo que hace; se deja sentir, aunque no se vea, por el sabor. Como la sal, el discípulo da gusto a la vida; como la luz, alumbra y brilla; como la ciudad sobre la montaña, se deja ver. Pero no se es discípulo para hacerse ver. Porque se es discípulo, el discípulo alumbra, da sabor, se deja ver. El buen discípulo no da importancia a las consecuencias que brotan de seguir a su Señor. Lo importante es seguirle.

*¡Qué poca luz da esto! ¡Parece que tiene las pilas gastadas! ¡No sabe a nada!* Estas frases nos son familiares. Cuando las aplicamos a la realidad del creyente en medio del mundo se convierten en fuente de crítica. La credibilidad del cristianismo no depende de la teoría, sino de la posibilidad de que hombres y mujeres hagamos realidad la teoría. Ya en el siglo II el autor de la

*Carta a Diogneto* describe a los cristianos así: «Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo».

Quien pregunte qué significa ser luz, sal, ciudad, tiene una respuesta en el profeta Isaías. La luz que rompe la noche, como la aurora, es la del Siervo que parte pan con el hambriento, hospeda, viste, y no se cierra en su propio universo. Estos comportamientos son los que dan luz. Ayer y siempre, las personas que nos sirven de referencia son las que «son para los demás». Se nos da bien seguir lo que nos pide el cuerpo, lo que nos halaga. El esplendor de una existencia consiste en no redundar en gloria propia. Dios es conocido y adorado por la luz de los que le confiesan siendo luz, sal, ciudad donde se pone a los otros como los importantes.

Todo es muy sutil. Ser luz, y sal, y ciudad se puede convertir en muro que oculta a Dios cuando a estas imágenes las hacemos meta. Es la religión pervertida: hacer las cosas externamente para que nos vean los hombres; es la denuncia de Jesús a una religión hecha exterioridad; es el fariseísmo: «Lo que os digan, ponedlo en práctica; lo que hagan, no lo imitéis, pues dicen y no hacen» (Mt 23,3). El discípulo no repite por mimetismo. El discípulo responde con originalidad que nace de un diálogo íntimo con su Señor.

**P. Juan Jáuregui Castelo**